

porque ese no llegar a nada sea un fracaso, ¡de ningún modo! Incluso no llegar nunca a nada es positivo, siempre que no estés empeñado...

—...En tener éxito —interrumpí.

—¿Crees que es una broma mía? —preguntó Guillermo con un poco de seriedad.

—No, no lo creo.

—No lo es.

Nos quedamos mirando el mar en aquel plácido atardecer de finales del verano. Yo me preguntaba de dónde habría sacado Guillermo ese tono moralista, sentencioso, dónde habría aprendido todo ese lenguaje algo filosófico y ligeramente caprichoso que desplegaba en nuestras conversaciones. Me era extraño y entrañable a pesar de que ya llevaba algunos años siendo mi gran interlocutor. Alguna vez pensé si no sería de alguna secta de las que tienen respuestas para todo, pero deseché ese absurdo pensamiento porque Guillermo no tenía carácter para pertenecer a nada, creo, y además no tenía tantas respuestas, más bien tenía salidas. Bueno, la verdad es que él mismo me lo había dicho, se pasó mucho tiempo yendo a los cruces de caminos, ¿y hay algún sitio mejor para aprender de esta vida que andar en los cruces de caminos? Ahora bien, ¿a dónde va uno cuando está en un cruce? Los otros llegan y pasan, vienen del norte o del sur, de la aldea o de la capital, de la enfermedad o de la boda, del trato o de la pendencia; pero ¿y Guillermo? ¿De dónde venía o a dónde iba Guillermo? Lo supe aquella misma tarde mientras estábamos allí sentados: Guille, fumando algún cigarrillo que se le quedaba un poco colgando sobre el labio inferior y que luego parecía esconder en el hueco de la mano derecha; yo, mirando el mar, rojizo a lo lejos, quieto como si nunca hubiera pasado nada, inmóvil en su apariencia pero inagotable y misterioso, igual a sí mismo, como un bosque y como él vacío. Lo que allí veía, intenso y relajado, era el infinito y era un poco de tiempo que se desgranaba sobre el cruce de caminos de mi conciencia. El camino de Guille era el cruce, y yo mismo había llegado a ese cruce, donde siempre había estado, y había comenzado a contarle mi vida conforme iba sucediéndome, por decirlo así. Entré en su patio y se convirtió en un cruce de caminos; y esta playa casi desierta donde él y yo estamos sentados era otro cruce. Yo voy para algún lugar y hablamos y fumamos, o callamos y caminamos un rato. Luego, yo me iré y Guille volverá a su patio o a la taberna del Guerra, y pensará que ha estado en el cruce donde ha encontrado a otro viajero del tiempo, como él mismo, como todos. Un viajero que no puede decirle adiós, y que al abrazarlo y besarle las mejillas, algo oscuras y surcadas, sentirá que no puede decirse aquello que valdría la pena decir.

IX

Mi equipaje estaba hecho, apenas un par de bultos donde había puesto lo esencial. El resto se quedaba almacenado en la casa de Nicolás. Durante algo más de un par de semanas llegué a pensar que Julia estaba molesta por mi deseo de seguirla a Madrid, y tal vez lo estuvo por razones difíciles de explicar, pero luego se ilusionó y hacía planes para ambos: cines, lugares, viajes. La memoria al revés.

Antes de marcharme me senté, como tantas veces había hecho a lo largo de los años desde mi infancia, bajo un naranjo de un plaza cercana a mi casa. La vida, la mía, se me dibujaba claramente en dos: la infancia, algo anodina y timorata, con un peso adicional a la espalda, invisible y por lo tanto indescifrable, y por otro lado, el tramo que se inició aquel día en que mi padre me reveló lo que yo consideré mi estigma. El estigma se hizo palabra, se hizo literatura, y la literatura, cuerpo. Y allí, al final y desde el principio, estaba Julia, respondiendo desde el otro lado del mundo a mi incógnita primera. ¿Primera? ¿No era un momento de la profunda incógnita del vivir? Al descender por la declinación herida de mi nombre no llegué a mí, no me fue revelado ningún misterio familiar que fuera una explicación última, ni me encontré, realmente, singular respecto a la gente que me rodeaba. Sí, es cierto, al principio fue así: me enamoré del estigma en cuyas volutas cargadas de misterio brillaba el orgullo. Quizá en esa negación que abría un trecho a mis pies había yo vislumbrado los signos del elegido. El mundo se dividía y yo me contemplaba, pero Guille primero y luego Julia, me enseñaron otra cosa: que aquel tropiezo no fue sino una puerta que se abrió ante mí para no morir en los lentos e iguales días de la vida. No habría días iguales; la lentitud estaría regida por un movimiento de atracción. Sin embargo, nada se produjo de golpe ni definitivamente. Seguramente, me dije más de una vez, todo fue un problema de lenguaje, pero ¿acaso no había detrás una realidad no verbal que respondía a ese problema nominal? Si *todo* es un problema de lenguaje, entonces nosotros somos ese lenguaje. Como quien se agacha a recoger una moneda en la calle y encuentra un papel en el que se indica una dirección, y acude a esa dirección impelido tal vez por la curiosidad, y al llegar descubre que allí, donde se indicaba, alguien le espera, a él (¿para qué? ¿desde cuándo?): el azar cruza caminos para que el destino los recorra: así, en el salto entre los nombres, el pronombre y el verbo se miraron tocados por la extrañeza. Ambos proponían una tensión en principio contradictoria, pero verdadera en su contradicción lógica, insistente frente a la razón razonable, irreductible a las soluciones lineales. La verdad de esa contradicción consiste en estar más allá de la contradicción. ¿Qué había detrás de todo eso? ¿Qué

había entre las palabras, susurrando, oscura, enmarañada, incomprensible, inaudible, ilegiblemente? ¿Era entonces eso, era la muerte lo que estaba detrás de todo, detrás de los nombres, detrás de esta escritura? Encontré un camino. Frente a la ilusión del yo que a sí se afirma en las vanas ceremonias del aire, el ser que lo contradice, que lo mantiene durante días a pan y agua, que lo afirma al negarlo: pero es una afirmación que lo transforma: es ya un rostro hecho de tiempo, el tiempo que lo arrebató y lo exalta, no al yo, al tiempo encarnado en la conciencia.

Allí estaba, bajo el árbol, con la espalda pegada a su tronco. En el centro de la plaza, el busto de un general que había dictado el destino de mi país desde mucho antes que yo pudiera tener conciencia. Ahora el general estaba agonizando. Lo miré. Recordé el día —la noche— en que, en compañía de un amigo, le pinté la cara de rojo. No tardaría mucho, apenas unas semanas, estando ya en Madrid, en oír al despertar una mañana, música clásica en todas las cadenas de la radio. «Ha muerto el Generalísimo». Desde niño había oído su voz en lo que mis padres, ya por inercia seguían llamado el parte, es decir, el informativo que para algunos seguía siendo un parte de guerra. El general y el himno nacional, el general y los NO-DO pantanosos proyectados en los cines antes de las películas; el general en su caballo en los libros de historia, las clases de formación nacional, una historia de reconquista de cinco siglos, «vencido y humillado el enemigo». El enemigo, el otro. La humillación del otro, la negación, el ninguneo. El otro y su infierno, el infierno de los otros, sus llamas herejes. Cumplieron con Hobbes, garantizaron la paz, frente a los desmanes republicanos, a costa de la pérdida de la dignidad: eran nacionalistas, la única virtud del Leviathán. Recuerdo aún aquel librito escrito por un tal (por cualquier español, qué más da), en el que nos hacían creer lo siguiente: «Cuando las cosas no podían ir ya peor, cuando la ruina de España iba a completarse, se juntaron los buenos españoles para salvarla. Eran los militares patriotas, eran los carlistas, eran los monárquicos, era la *Falange*. Como los malos españoles eran muchos y les ayudaban desde el extranjero, la guerra duró cerca de tres años». Los buenos lucharon contra el bando de los rojos, «que cometieron horrendos crímenes. Incendiaron más de diez mil iglesias, asesinaron a medio millón de buenos españoles y robaron los bienes de muchos más». Y terminaba aquella *Historia de España*: «Rogad para que Dios os conceda la paz, pero estad preparados a imitar la conducta de vuestros mayores si algún enemigo osase atacar a España, por la que no habéis de dudar de sacrificar la vida». Vencido y humillado, desmemoriado bajo la paz del uno, de lo uno como neutralización de lo otro, de los otros. Un lecho de paz sobre detritus de palabras escupidas por los suelos. ¿Dónde?

Allí, allá, aquí, por allá, aquí mismo. ¡Caramba!, me dije, ¿pero qué hago yo aquí esta noche, sentado frente al General? Adiós General, adiós en general, en general a todos los generales, adeus, addio, adieu, ciao, bye, auf wiedersehen! Adiós a todo eso. Y ya que estamos frente a frente, adiós a Eso. Adiós, se lo dije a tío Guillermo, en casa siempre se odió al General; pero Guille, cómo no, era un poco distinto; recordaba cuándo «llegaron los nacionales, los fusilamientos, las humillaciones, los delatores y las consecuencias de sus miserias, pero ¿era gente del General? Ya había visto otras cosas, menos graves, es cierto, años antes de la guerra, cuando las circunstancias propiciaron que otros alimentaran sus vilezas. Así que, poco a poco, llegué a decirme que Franco era yo mismo y que iba a tratar de no serlo. ¿Que si lo odio? No, muchos de sus gestos despertaron mi animadversión, mi desdén o mi asco, pero si pienso en este país y pienso en el general, no puedo odiarlo como tú dices, lo que sí me produce es una inagotable tristeza, una tristeza que no sé cómo atajarla salvo con una moderada esperanza, ¿me entiendes? Para muchos fue una solución fácil, una manera de centrar en alguien o en algunos la culpa y la condena; fue y es una manera de no entender, que es distinto de entenderle. Entender no es aceptar, pero puede servir para liberarnos de ciertas actitudes. Hay demasiada gente que quiere tener razón, y hasta que quiere matarte razonablemente, o convencerte de que su razón lo es tanto que ya no queda sitio para nadie más, salvo si te reduces a su razón, si reduces tanto tus razones que carezcan ya de realidad, porque la realidad toda es de su razón, incompatible con nada que no sea lo mismo. Gente que no quiere tu verdad sino la Verdad, y no vayas a creer que quieren ir de paseo contigo a buscarla, que sería un mal menor, sino que ya fueron y volvieron con la presa. Éste es un país de visionarios y de poseídos, de poseídos por la verdad. Te asustan con ella, la convierten con suma facilidad en una espada o en un fusil y cargan contra la gente. No, no quise convertirme en un profesional del odio, ni quise ni quiero tener al odio cerca de mí. Me olvidé de él y miré a mi alrededor, y lo que vi fue un mundo con demasiados generales, es cierto, pero también con muchos singulares».

Yo no pude. Tuvo que morirse para que comenzara a dejar de odiarlo. Adiós, padre, y gracias por los días en que, al alba, fuimos a coger higos para traerlos a casa a la hora del desayuno. Arriba, en la higuera, yo veía amanecer mientras abría un higo maduro y fresco que me llevaba a los labios. La miel y la luz a un tiempo. El sol, como un golpe de espuma atravesando las hileras de los árboles, llegaba hasta el árbol y lo incendiaba, mientras yo seguía allí, respirando la brisa dormida del alba. Me subías al árbol y tú aguardabas que te fuera entregando los frutos que depositabas en un cubo que previamente habías cubierto con hojas de higuera. Allí,

en el árbol, aguardaba esa primera luz que venía corriendo por los sembrados, dando vueltas con la brisa, hasta tocar mi frente. Gracias, Guillermo, porque la memoria y el corazón no tienen límites. Gracias, madre, gracias. Adiós, me dije una vez más, la espalda apoyada sobre el árbol. Adiós, calle del Muro, antigua muralla de la ciudad que llegaba hasta la Puerta del Mar. Ahora ya sí y definitivamente, me voy. Ahora me voy con el que nació sobre una muerte oída en mitad del campo. La noche crece y me rodea, la noche es este árbol sobre el que apoyo mi vida y con el que me extiendo por su savia. El árbol, la copa del árbol, la noche.

Uno está en el tren, echado en la ventanilla y agita una mano, dice adiós, pero eso no es más que un gesto donde se concentra el continuo adiós de vivir. Nos despedimos porque el tiempo sin cesar, etcétera. Llegar, despedirse, irse. Desear un cuerpo, tocarlo, recordarlo. Llegar al cuerpo es recordar, despertar el cuerpo en el cuerpo. Dije adiós, digo adiós, la memoria deshaciéndose de su contenido, soltando lastre para adentrarse ligera de equipaje en el huidizo presente del futuro; la memoria que se adelgaza al dejar atrás sus dimes y diretes, que alza su solo de flauta frente a la tropa intrincada de los hechos, lo vivido: ese proceso que no acaba nunca de ser pasado, que no acaba nunca de ser vivido, porque todo adiós es una metamorfosis. Una palabra, la esperada inesperada, penetra en el tejido vivo de tus palabras y crece y se multiplica, altera la sintaxis y la semántica, declara guerra fratricida entre los sinónimos, se disfraza de otras palabras, se traduce, cambia de idioma, contradice a los antónimos, llama a tu puerta y tiene tu propio rostro sin tú saberlo, se refleja sobre el papel creando mil y una sombras, suena en el hueco de la página y de su eco surgen nuevos sonidos, páginas, volúmenes, bibliotecas que, a su vez, un solo gesto de humor resuelve en una paradoja que se adelgaza hasta desaparecer sobre la línea ingrávida de este crepúsculo que ahora veo en alta mar, que ahora veo mientras escribo, mientras recuerdo, mientras invento y soy inventado y desaparezco.

La memoria es una invención del cuerpo, nostálgico de un presente que en cuanto queremos asirlo es ya pasado, espacio de impermanencias, el tiempo que antes de ver su rostro es ya fantasma; a su vez, el cuerpo es una invención del deseo, que quiere, que quiere lo que le falta, que recuerda lo que desea; se apoya en el pretil veloz de este instante para decir, para decirse, para abrir la pregunta, para hacerse forma que ya contiene el cuerpo de la respuesta. Pero la respuesta es tiempo, no es eternidad, no permanece inmóvil, gravitando sobre la mudanza de las horas. Es tiempo y pasa. Recuerdo con mi cuerpo, mi olfato, mi gusto, mi vista, mi tacto, todos mis sentidos al sentir recuerdan, despiertan. ¿Quiénes despiertan? Despierta el cuerpo; no el que habita conjeturalmente en un pasado sino el que es y

no se sabe, salvo en la búsqueda. Recordar es un golpe de sangre en el tiempo, en el presente. El cuerpo es siempre presente, es lo que está presente. Aunque la melancolía y la nostalgia, el sueño y el deseo, lo proyecten en otras direcciones del tiempo, todo tiempo y todo cuerpo es un continuo presente. Las palabras que digo, forzándolas bajo la luz extrema de la tarde, despiertan el cuerpo que fui, pero ese cuerpo es algo más que mi cuerpo, es cuerpo del mundo. No puedo recordarme, no puedo en mis vueltas sobre lo que llamo «yo mismo» saber quién era, quién soy. Lo que habla es una metáfora del cuerpo, de la memoria, del deseo. El cuerpo se cubre de metáforas, se descubre metáfora de otros cuerpos; es un cuerpo a la búsqueda de sí y de otros, es algo más, es algo más, es el silencio que no puedo decir, que no voy a decir, es el silencio que me dice, que me hace cuerpo que se hace metáfora. Soy una imagen a la búsqueda de un cuerpo, un cuerpo a la búsqueda de sus imágenes.

Todavía estoy reclinado sobre el árbol. El árbol es ya cielo y en sus constelaciones oigo tus imágenes sobre mi cuerpo precipitarse.

Madrid, octubre de 1993

Juan Malpartida

